



andalucía y américa

El protagonismo de las provincias andaluzas de Cádiz, Córdoba, Huelva y Sevilla en el descubrimiento y la colonización de América, junto con los efectos sociales, económicos y culturales que esa íntima relación provocó en el ámbito geográfico de Andalucía Occidental constituyen el objeto de nuestro suplemento especial del Doce de Octubre, que en años anteriores ilustró diferentes aspectos relacionados con los acontecimientos del 92. América y Andalucía vuelven a nuestro tradicional suplemento de la mano de algunos de los más prestigiosos especialistas en la materia.

Vocación mestiza

CARMEN MENA GARCÍA (*)

El 12 de octubre de 1492 se produjo un gran hito histórico. Los españoles descubrieron un Nuevo Mundo —América— y éste, a su vez, tuvo conocimiento de España y por su mediación, de Europa. Un mutuo encuentro que vino a transformar los esquemas culturales del Viejo Mundo y el Nuevo en todos los órdenes y ya para siempre.

Por razones obvias, Andalucía era la región predestinada a protagonizar el primer puesto en el encuentro entre ambas orillas del océano. Su privilegiada posición geográfica, a la vez mediterránea y atlántica, en el extremo suroccidental de Europa, había forjado una tradición marinera y comercial bien consolidada mucho antes de que América apareciera en el occidente. Fundamentalmente dos comarcas litorales destacaban en aquel entonces: la occidental, que se extendía entre Pálos y Ayamonte y la oriental, desde Sanlúcar de Barrameda hasta Gibraltar. La conquista de las Canarias por los reyes de Castilla, a comienzos del siglo XV, amplió considerablemente ese espacio marítimo frente a la rivalidad de los portugueses por controlar la ruta del Atlántico. Es en este escenario en donde se forjaron los hombres que iban a acompañar a Colón en su aventura americana y los marinos de la Carrera de las Indias. Y no fue por casualidad...

Durante mucho tiempo se ha creído que la prosperidad andaluza fue el resultado del descubrimiento y explotación de las riquezas del Nuevo Mundo. No puede negarse que supuso para nuestra región una oportunidad de oro —y nunca mejor dicho— pero también es cierto que Andalucía era ya antes de 1492 una región rica y llena de posibilidades. Sevilla era para el resto de Europa el primer mercado exportador de colorantes y de mercurio; era también un gran centro redistribuidor de esclavos y de géneros de la Berbería. Pero, sobre todo, Sevilla era un gran mercado agrícola; sus aceites se exportaban no sólo a distintos países europeos sino también a Oriente; sus vinos regaban los puertos del Mediterráneo y del Mar del Norte. Y así convertida en centro exportador de primer orden, devino en 'plaza financiera de primer rango', sede de poderosísimas casas comerciales italianas y en especial genovesas: Spinolas, Pineles (aún se conserva en la calle Abades la casa familiar construida en el siglo XV; hoy sede de la Real Academia de las Buenas Letras), Centuriones, Negrones, Soprani...

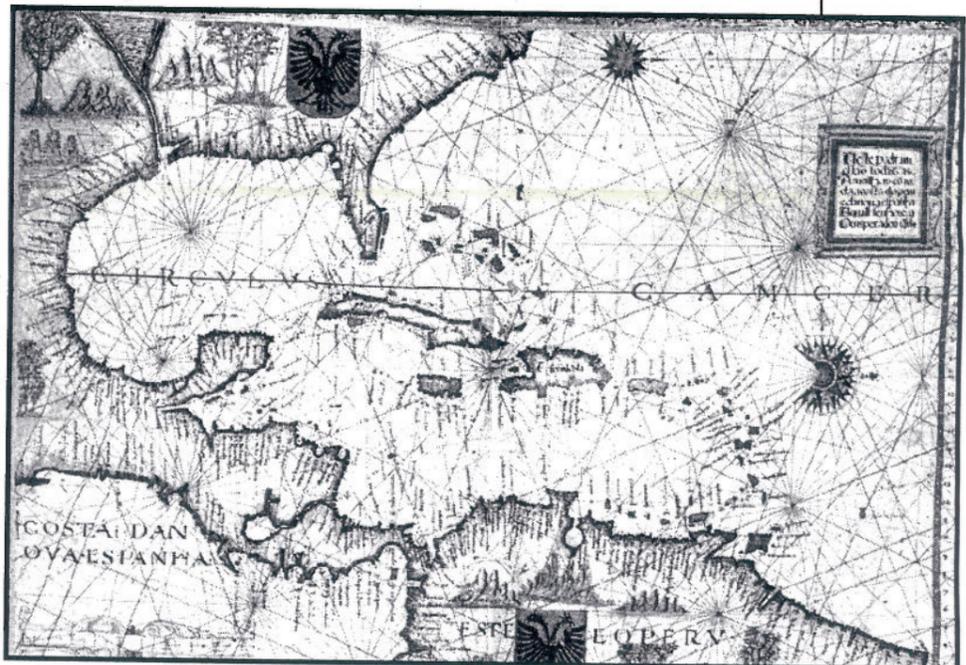
El desarrollo poblacional andaluz, consecuencia de su expansión económica, era también manifiesto a fines del siglo XV, aunque hay que advertir que las desigualdades entre lo que más tarde conoceremos como la Andalucía americana y otras áreas pertenecientes a los tres reinos cristianos de Córdoba, Jaén y Granada ya eran muy marcadas.

El censo de 1530, el primero efectuado para toda la región, exceptuando el reino de Granada, arroja un total de 675.000 habitantes. Más de la mitad de esta población correspondía al reino de Sevilla, mientras que el resto se repartía en partes proporcionales entre los de Córdoba y Jaén.

Teniendo en cuenta los imperativos geográficos (mucho más exigentes en una época en la que la navegación se efectuaba a vela) y la infraestructura humana, el protagonismo andaluz en la gran empresa americana no fue producto del capricho estatal o del azar, fue más bien el resultado, la materialización de unas posibilidades que no se hallaban reunidas en ninguna otra región española. Tampoco Colón llegó a tierras andaluzas por casualidad. Sabía muy bien lo que buscaba cuando un buen día decidió abandonar Portugal y presentarse en la corte itinerante de los Reyes Católicos. Aquí encontró sus más firmes apoyos: la ayuda decidida de su gran valedor fray Juan de Marchena, fraile, cortesano y astrólogo, quien en su monasterio de La Rábida supo escucharlo y aconsejarle en sus momentos más adversos y lo que fue más decisivo, interceder por él y su alacada aventura ante los monarcas. Decisivo fue también el favor que le otorgaron algunos grandes magnates andaluces, alguno de los cuales dispuestos estuvo a financiar su empresa. Y en Andalucía encontró Colón el amor divino, en sus santuarios y conventos y el amor humano, en la cordobesa Beatriz de Arana, con la que tuvo a su hijo Hernando. E incluso Andalucía dio a Colón un descanso, aunque sólo fuese temporalmente, para sus restos, en el monasterio de la Cartuja de las Cuevas de Sevilla.

El 'gran encuentro' puso en marcha un largo proceso de intercambio cultural, que se prolongó por espacio de tres siglos, dejando huellas indelebles de Andalucía en América y de América en Andalucía. Ya lo dijo en cierta

ocasión el escritor venezolano Arturo Usler Pietri: "Los hombres no somos lo que somos ni por la raza ni por la sangre, somos lo que somos por la cultura". Y es que en efecto, si bien se ha hablado mucho del mestizaje físico, del resultado de la unión entre españoles e indios, no se ha hecho, en cambio suficiente hincapié en otro proceso mucho más rico y menos estudiado, cual fue el mestizaje cultural. Resulta muy difícil resumir en tan breves páginas el intenso caudal de esta interrelación. Nos contentaremos con hacer un esbozo de las transferencias



culturales producidas durante este largo proceso.

A raíz de los primeros contactos entre los andaluces y los indios se iniciaron ya las primeras transferencias (perlas, papagayos, palo brasil) de una larga serie que habrían de revolucionar la ecología, las dietas, las pautas de consumo y los modos de vida, en general, de las poblaciones a ambos lados del Atlántico. La rareza de los productos que ofrecía el Nuevo Mundo desconcertó, en un principio, a sus descubridores que para encajarlos en los esquemas mentales del Viejo Mundo, no supieron darles nombre, más que por semejanza a otras especies

PASA A LA PAGINA SIGUIENTE

UN PRESTAMO A LA MEDIDA DE SUS SUEÑOS "OPCIONAL VIVIENDA"

Usted elige el Plazo y el Tipo de Interés
¡Infórmese YA!

Sevilla
CAJA SAN FERNANDO
Jerez



LA EMIGRACION ANDALUZA FUE ABRUMADORA DURANTE LO QUE SE CONOCE COMO 'EPOCA FUNDACIONAL'



Pintura del siglo XIX que representa una escena de confraternización entre indígenas y colonizadores.

VIENE DE LA PAGINA ANTERIOR

ya conocidas. Una larga serie de plantas y productos vegetales fueron poco a poco integrándose en el paisaje andaluz: la papa, el tomate, el maíz, el chile y otras variedades de pimientos, el cacahuete, la batata, etc...; el cacao y la vainilla, que revolucionaron la sobremesa y la repostería europea; colorantes de aplicación industrial, como el 'palo brasil' y el 'palo campeche', el índigo, la grana o cochinita, el chicle, el hule y una nueva y excelente variedad de algodón; frutos tropicales, como la piña, la chirimoya, el aguacate, la papaya y otros; cactáceas y xerofitas, como la chumbera o nopal y la pita o maquey que pronto tomaron carta de naturaleza en el paisaje andaluz hasta el extremo de que hoy nos resulta difícil imaginarlo sin ellas. Por último, mencionaremos dos plantas que desde muy pronto provocaron la adicción de quienes lo probaron: el cacao y el tabaco. El primero, considerado por algunos como "bebida digna de un rey" y por otros como "porción hecha de muchas cosas entre sí, muy contrarias, gruesas y malas de digerir", no tardó en incorporarse a la repostería más exigente. El segundo, no exento tampoco de controversia, fue en un principio difundido, con fines terapéuticos, por el médico sevillano, Nicolás Monardes, pero tuvo también sus detractores. Un médico cordobés advertía, en el siglo XVII, de los peligros de su abuso entre, los que nada más y nada menos, se incluían: "acortar la vida, ofender el ingenio, depravar la vista, causar locura y melancolía, hacer apoplejías, dañar los dientes..."

Por su parte Andalucía envió en contrapartida sederías de Granada, objetos litúrgicos, ropas, libros y especialmente frutos de su agro: sobre todo vinos, aceite y trigo ('la trilogía mediterránea') procedentes en grandes cantidades del Aljarafe sevillano, condimentos, hortalizas, frutales y cítricos. Y junto a ellos otros cultivos tan introducidos hoy día en la dieta americana, como el arroz (traído por los árabes a Andalucía desde tierras asiáticas); el café, de origen abisinio; y el azúcar, cuyo consumo aprendieron los cristianos en el Medio Oriente durante las Cruzadas.

Andalucía remitió también a América grandes cantidades de ganado de todo tipo: caballo, asnal, mular, porcino, lanar (en menor cantidad porque se aclimatava muy difícilmente) y aves de corral. En definitiva todos aquellos animales que resultaban imprescindibles para el normal desarrollo de la vida diaria, y en grandes cantidades durante los primeros años porque no existía en América la contrapartida a nuestras especies zoológicas. La exótica fauna americana causaba el asombro de cuantos la contemplaron, pero no servía de mucha utilidad. Sólo el pavo —'el gallo de papada'— como lo llamaron los cronistas, fue aclimatado en nuestro suelo exitosamente.

Y junto con otras muchas transferencias andaluzas, sin duda la más importante fue la de sus hombres que abrumadoramente marcharon a América en los primeros

años, dejando allí una huella indeleble que ni siquiera el paso de los años lograría borrar. Muchos de ellos —descubridores, conquistadores, gobernantes y juristas— ocupan hoy un lugar de honor en la Historia de América por justos méritos, pero la gran mayoría pertenece a la masa anónima de las gentes humildes que fundaron ciudades por doquier y dieron vida a nuevas generaciones de andaluces americanos que perpetuaron para siempre nuestra savia milenaria.

La emigración andaluza, que resultó ser abrumadora durante lo que se conoce como 'época fundacional' tuvo asimismo su razón de ser.

El sistema monopolístico del comercio con América cuyo objetivo fundamental no era otro que garantizar la explotación de las nuevas tierras en beneficio de la metrópoli, terminó concretándose en un sistema organizativo, técnico y de control alojado en el valle del Guadalquivir y, más concretamente, en el eje Sevilla-Cádiz. Sevilla lideraba este protagonismo convirtiéndose desde bien temprano en un complejo portuario que era, al mismo tiempo, motor y destino final del comercio americano. También de sus hombres. Una inmensa muchedumbre venida de todos los rincones de la península y también de muchos puntos de Europa, se concentraban en Sevilla al abrigo de su 'puerto único'. Ya por 1588, cuando se le calcula una población de 130.000 habitantes, era la mayor ciudad de España y una de las mayores de Europa. Por ella se desbordaban cada año, al igual que las aguas del Guadalquivir, cantidades ingentes de oro y plata americana que transformarían profundamente la economía de algunas de sus regiones más afortunadas, sobre todo de las comarcas occidentales.

Todo ello afectó, qué duda cabe, a la vida intelectual: las noticias llegadas de las nuevas tierras conmocionaron, tanto como el oro y la plata, la noción del cosmos, de la Humanidad. Se abrieron nuevas e impensables polémicas sobre la condición humana o no de los indios, sobre el trato dado a los naturales, sobre la legitimidad de la corona castellana para dominar aquellas tierras. En ellas participaron personajes andaluces tan importantes y conocidos como los dominicos fray Bartolomé de las Casas y fray Tomás de Mercado, o el cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, por citar sólo algunos. Sevilla se convirtió, además, en un importante centro editorial en donde se publicaron numerosas obras científicas, religiosas o literarias, todas relacionadas con el fenómeno americano, que se hacían eco de los nuevos descubrimientos, de las nuevas ideas, de los avances en todos los órdenes de las ciencias...

Las transferencias artísticas no fueron menos importantes. En los primeros años, ante la ausencia de mano de obra especializada, los grandes edificios, tanto civiles como religiosos, levantados en las nuevas ciudades que se iban poblando —con marcadas influencias del modelo castrense de Santa Fe, en Granada— lo fueron por

artífices enviados expresamente desde Sevilla. En su mayoría estos hombres eran andaluces. El obispo de Panamá, fray Tomás de Berlanga, impulsor de la construcción de su catedral, solicitaba a la Casa de la Contratación de Sevilla el envío de cuatro oficiales de albañilería y cantería y uno de carpintería, con un salario de 100 pesos de oro, cada uno, durante tres años, además de casa y comida y "una botija perulera de vino cada mes". Este era el sueldo. A cambio, los artesanos adquirirían el compromiso de adiestrar a negros e indios en su oficio para que ayudasen en las obras. A su llegada, en 1540, se comprometían a "servir a S. M. en hacer y edificar la iglesia catedral de la ciudad de Panamá de nuestro oficio de cantería y albañilería, según la traza que nos fuere dada, por espacio de tres años". Otros documentos hablan del envío, también a Panamá, de caleros de Morón de la Frontera y de alfareros de Triana. Ecos de la arquitectura andaluza se encuentran, lo mismo que en los grandes monumentos, en las casas particulares americanas con sus magníficas rejas en ventanas y balcones, grandes patios interiores y paredes encañadas.

La fiebre de la aventura americana alcanzó al propio Murillo cuando sólo tenía quince años. No obstante, aún sin cruzar el Atlántico, muchos destacados artistas tuvieron frecuentes relaciones con América, ya que la exportación de pinturas, imágenes y retablos supuso una fuente considerable de riqueza para la artesanía andaluza y especialmente sevillana. El mismo Martínez Montañés, considerado en su época como "el dios de la madera" envió en 1590 una serie de ocho vírgenes del Rosario al Perú y es sabido que cuando contrata en 1603 el crucifijo de la Clemencia, en la catedral de Sevilla, promete hacerlo "mucho mejor que uno que en los días pasados hice para el Perú". Pero, aparte de su obra documentada, como el retablo de la catedral de Lima, existen otras que, aún sin estarlo, pueden adscribirse al propio Montañés, o bien a su círculo más inmediato, distribuidas por toda Hispanoamérica. En el siglo XVII sucede en pintura algo similar a lo que hemos visto en escultura con Montañés. Nos referimos a la enorme influencia que Zurbarán y su obra tuvo en tierras americanas. No debemos olvidar que en muchas ocasiones las obras artísticas fueron realizadas aquí en Andalucía con el dinero que los emigrantes enviaban desde América y que consignaban mediante legados religiosos recogidos en sus testamentos. Eran los fondos o capellanías con los que los andaluces-americanos quisieron obsequiar a su patria chica.

En una sociedad tan marcadamente religiosa, como la de aquel entonces, fue inevitable la transferencia de muchas de las manifestaciones de la religiosidad popular andaluza, como la Semana Santa, el Corpus, las cruces de mayo y las diversas advocaciones marianas que bien dieron nombre a la geografía americana, bien fueron objeto de numerosas réplicas artísticas: Nuestra Señora del Buen Aire (que dio nombre a la capital de Argentina), Nuestra Señora de la Antigua, que se venera en la catedral de Sevilla y fue el topónimo dado a la primera fundación de Tierra Firme: La Antigua del Darién; la Virgen de Aguas Santas, y tantas y tantas otras. No obstante hay que advertir que, desde bien pronto, la mayoría de las manifestaciones populares fueron objeto de un mestizaje; la sensibilidad indígena modeló con barroco colorido y notas chillonas unas expresiones de raíces españolas y expresión americana.

El siglo XVIII trajo importantes novedades en lo que respecta a las relaciones entre Andalucía y América. El monopolio sevillano, que nunca lo fue en su totalidad, se trasladó a la bahía gaditana y luego se fue diluyendo a través de la liberación progresiva del comercio americano, proceso que culminó finalmente en 1778, con el decreto de Libertad de Comercio. Es Cádiz la que toma ahora la antorcha como capital de Andalucía y ejerce una influencia decisiva en América, como antaño lo hiciera Sevilla, exceptuando el caudal humano. La emigración andaluza, que se encontraba ya en franca decadencia desde la centuria anterior, se vio ahora superada por la aportación cada vez mayor de las regiones del norte: Galicia, Asturias y el País Vasco, seguida por las islas Canarias. A partir de ahora y a lo largo del siglo XIX se forja la figura característica del 'indiano' que tan generosamente supo portarse con su lugar de origen. Ya no son andaluces, sino vascos, gallegos, asturianos o canarios los hombres que viven y prosperan en América, sirviendo como reclamo a parientes y amigos.

Andalucía ha quedado hoy día, en la América contemporánea, en una situación muy precaria, casi adjetiva. Sin embargo, la ventaja adquirida durante la época fundacional le permitió consolidar, junto con extremeños y canarios, una sociedad marcada por lo andaluz en la lengua, el arte, la religión, las costumbres e incluso el folclore, que permanecen hoy día y ojalá que para siempre, firmemente enraizados en la cultura hispanoamericana.

(*) Profesora titular de Historia de América. Universidad de Sevilla.